

Trabajo femenino en Chile

Si tenemos la decisión de asignarle valor a una mayor presencia femenina en el mundo laboral, se deben crear las condiciones para que la mujer se incorpore sin pagar un alto costo personal y familiar.

FRANCISCA ALESSANDRI

Vicerrectora de Comunicaciones
y Asuntos Públicos UC

Chile ha experimentado cambios vertiginosos en las últimas décadas, alcanzando en algunos aspectos niveles que nos acercan al mundo desarrollado. Sin embargo, como suele suceder en países que intentan salir del subdesarrollo, el crecimiento no ha sido el más orgánico y ha postergado a importantes sectores de la sociedad. Es el caso de la mujer trabajadora chilena.

Los resultados de la Encuesta Nacional Bicentenario UC Adimark permiten argumentar que la baja participación de la mujer en el mundo laboral no sólo obedece a cuestiones culturales, sino también a situaciones desventajosas de nuestra realidad laboral.

La mayoría de los chilenos creen que la familia se descuida si la mujer trabaja tiempo completo (62 por ciento), y que una madre que trabaja no puede establecer una relación de igual cercanía con los hijos que una que no trabaja (53 por ciento).

A diferencia de otros aspectos de este estudio, en este tema el factor socioeconómico es decisivo: en el nivel de menores ingresos, el 74 por ciento admite que es mejor que la mujer no trabaje, mientras que sólo el 21 por ciento del nivel alto contesta de esta manera. En cuanto a las dificultades del trabajo de tiempo completo, también se replican opiniones muy distantes (71 por ciento de los sectores de me-

nores recursos, contra 41 por ciento de los de alto ingreso).

Sin embargo, de todos los resultados, un dato muy revelador es que el 58 por ciento de las propias mujeres trabajadoras considera perjudicial el trabajo de tiempo completo. Asimismo, que la mitad de las mujeres que trabajan afirma que no lo harían si su marido ganara lo suficiente. Es decir, que trabaja por obligación.

Parece entonces necesario reorientar la discusión en torno a la igualdad de condiciones entre el hombre y la mujer hacia la búsqueda de condiciones laborales que tengan en cuenta las particularidades del papel de la mujer en la sociedad. En casi todo el mundo desarrollado que intentamos emular, la incorporación de la mujer al trabajo ha sido bajo los parámetros tradicionales, fijados por siglos de preeminencia de trabajo masculino. Esto se traduce en normas laborales rígidas, con largas jornadas de actividad, bajo la obligación de permanecer en el puesto de trabajo, y sujetas a bajas remuneraciones por "ausencias maternas".

En un estudio realizado entre profesionales exitosas de Estados Unidos, se detectaron tres razones que explican la casi nula presencia femenina en los más altos cargos del mundo privado: exclusión de redes informales, como conversaciones y eventos nocturnos; prejuicios sobre su capacidad de liderazgo, y la dificultad de reinserción luego de la maternidad. Así, por más eficientes que sean, las mujeres

suelen estar sujetas a un tope invisible que los medios han denominado "techo de cristal".

De cara al Bicentenario, Chile enfrenta el desafío del desarrollo, para el cual es imprescindible aprovechar la capacidad laboral de la mujer chilena. Y hasta ahora no lo hemos conseguido: Chile es uno de los países con más bajos índices de participación laboral femenina en América Latina (en torno al 40 por ciento, según el censo de 2002).

Pero lo que resulta particularmente paradójico y dramático es que, según la Encuesta Bicentenario, sean los sectores de menores recursos —donde el aporte de la mujer es determinante para dar el salto en el ingreso familiar— los que más rechazan el trabajo femenino.

Si tenemos la decisión de asignarle valor a una mayor presencia femenina en el mundo laboral, se deben crear las condiciones para que la mujer se incorpore sin pagar un alto costo personal y familiar. Para derribar el actual prejuicio, habría que partir con normas de mayor flexibilidad laboral que terminen con esta aparente contradicción entre trabajo y familia, e impulsar redes de apoyo para las mujeres de los sectores más desposeídos (entre otras medidas, mejorar la calidad y ampliación de la cobertura preescolar).

Un progreso armónico implica pavimentar un camino en que la mujer chilena ingrese al mundo laboral cada vez con más vocación. Y ojalá, cada día menos, por el peso de la obligación.